



CENTROS COMUNITARIOS Y CAPITAL SOCIAL: LA DEUDA PENDIENTE¹

José Manuel Prieto González

jose.prietogn@uanl.edu.mx (jmpg71@hotmail.com)

Universidad Autónoma de Nuevo León (Facultad de Arquitectura)

Pedro de Alba, s/n. Ciudad Universitaria

66455, San Nicolás de los Garza. Nuevo León. México

Saúl Arturo Arias Hernández

saul.hdzz96@gmail.com

Universidad Autónoma de Nuevo León (Facultad de Arquitectura)

Pedro de Alba, s/n. Ciudad Universitaria

66455, San Nicolás de los Garza. Nuevo León. México

RESUMEN

El habitar se vuelve una experiencia enrarecida y difícil en una sociedad con altos índices de violencia. La aparición de Centros Comunitarios (CC) en México a partir de 2003 trató sobre todo de enfrentar los desafíos de la pobreza urbana, aunque sin perder de vista el necesario fortalecimiento del tejido social de las comunidades. El énfasis puesto en el primer objetivo, que se abordó principalmente a través de la formación de capital humano, dejó en segundo plano la cuestión de la creación de capital social, que no ha logrado ir mucho más allá del fomento de vínculos sociales a través de la interacción cotidiana entre los asistentes a los centros. El impulso que pueda darse desde los CC a cualquier avance en el fortalecimiento del tejido social debería traducirse en mayor efectividad en términos de combate a la violencia que viene desangrando al país desde hace tiempo. Aunque el análisis que aquí se hace sería aplicable en buena medida a todo México, lo abordamos desde el caso particular de Nuevo León.

Palabras clave: Centros Comunitarios, Capital social, Capital humano, Violencia, México, Nuevo León, Monterrey

COMMUNITY CENTERS AND SOCIAL CAPITAL: THE OUTSTANDING DEBT

ABSTRACT

Inhabiting becomes a strained and difficult experience in a society with high rates of violence. As of 2003, the creation of Community Centers (CC) in Mexico mainly attempted to tackle urban poverty challenges, although without losing sight of the necessary strengthening of communities' social fabric. The emphasis placed on the first objective, which was mostly addressed through human capital formation, relegated social capital creation to the background, causing the latter to not go beyond fostering social ties through daily interactions among those attending the centers. The incentive that CCs could provide

¹ Recibido: 19-12-2020 | Aceptado: 30-03-2021



to any progress in social fabric's strengthening should translate into greater effectiveness in the struggle against violence, which has been bleeding Mexico out for a long time. Although this analysis would apply to the whole country to a large extent, we focus on the particular case of Nuevo Leon.

Keywords: Community centers, Social capital, Human capital, Violence, Mexico, Nuevo Leon, Monterrey

INTRODUCCIÓN. DISOLVENTES SOCIALES

Al decir que el habitar se vuelve una experiencia enrarecida en el contexto mexicano actual de violencia e inseguridad aludimos a un ambiente social viciado o contaminado como consecuencia de una concatenación de factores entre los que se encuentran la pobreza, la desigualdad, la corrupción, la impunidad, la falta de oportunidades y de justicia social, las carencias en materia educativa y de seguridad social, el déficit democrático, etc. La combinación de esos y otros factores da lugar a un cóctel explosivo o, si se prefiere, a una olla de presión cuya válvula de escape expulsa continuamente dosis de violencia –directa, estructural y cultural– para que la olla no reviente. En esas condiciones, lógicamente, la sociedad tiende a disgregarse, a disolverse, a perder cohesión, al ser más débiles los elementos aglutinantes que las fuerzas disolventes. La primera acepción que ofrece el diccionario oficial del castellano del verbo “enrarecer” remite a un proceso químico que alude precisamente a la dilatación de un cuerpo gaseoso haciéndolo menos denso. Aplicado a las relaciones de amistad, cordialidad o entendimiento, enrarecer significa “enfriarse”. La actual pandemia de la COVID-19 ha venido a complicar las cosas al imponer o recomendar las autoridades que las relaciones sociales no se amplíen mucho más allá de la burbuja de convivencia, pero esta es una situación coyuntural que acabará desapareciendo en breve. Fenómenos como los linchamientos, sin embargo, afloran cada vez con más frecuencia en diversas partes del país en respuesta a la impunidad reinante, a la fragilidad del Estado de derecho y, por ende, a la incapacidad del sistema judicial para garantizar a los ciudadanos una justicia veraz, confiable, pronta y expedita (CNDH, 2019). Del mismo modo, la corrupción –potente generador de desconfianza– ha venido manteniendo en el país una tendencia creciente de 2013 a 2019, al pasar de 12 a casi 16 víctimas de corrupción por cada 100 habitantes (INEGI, 2020b).

La violencia, tal como revela la clásica distinción de Galtung (1998), no se expresa de una sola forma. La violencia directa o visible, cuyas manifestaciones más extremas serían –de acuerdo a la terminología actual– el homicidio doloso y el feminicidio, se nutre constantemente de las violencias “estructural” y “cultural”. Estas últimas son las que más interesan aquí, porque resultan menos visibles, o incluso invisibles para muchas personas, y en ese sentido se subestima su capacidad de violentar. La cotidianidad de su práctica ha llegado a normalizarlas, limitando así el reconocimiento de sus efectos dañinos. Lógicamente, estas violencias interfieren de manera continua en las relaciones interpersonales, en el establecimiento y la ruptura de vínculos sociales, de tal forma que la construcción de tejido social estará muy condicionada por ellas. Cuanto más efectivo sea el combate y el control de esas violencias tanto más progresará una sociedad en términos de



civilidad y cohesión social. Esos procesos, no obstante, no son definitivos ni permanentes, sino que están sujetos a avances y retrocesos dependiendo de las circunstancias de cada época.

La estructural remite al conjunto de estructuras e instituciones políticas y económicas que a veces niegan o impiden satisfacer necesidades humanas como las relacionadas con la supervivencia, la libertad, el bienestar y la identidad (Tortosa y La Parra-Casado, 2003). Este tipo de violencia se expresa a través de numerosas situaciones de injusticia –hambre, miseria, pobreza, enfermedad, desigualdad, etc.– derivadas del funcionamiento del sistema capitalista y del inequitativo reparto de la riqueza. Asimismo, son estructurales las condiciones que ocasionan y mantienen el autoritarismo político –tan presente en la historia de México–, la delincuencia organizada, la impunidad o la corrupción. Es comprensible entonces que expresiones de violencia estructural como la desigualdad y la pobreza – generadoras a su vez de humillación y de discursos de odio como el que avala la aporofobia– puedan incitar a las víctimas a buscar reparación del daño, llegando en ocasiones a la violencia directa; porque, como dice Cortina (2017: 33), “no es extraño que reaccionen violentamente quienes han sido dañados y ofendidos”. Huelga decir, no obstante, que la violencia directa no es exclusiva de personas con un nivel socioeconómico bajo.

La violencia cultural, por su parte, se ve legitimada a partir de tradiciones, costumbres y herencias recibidas, es decir, de enseñanzas, actitudes y comportamientos asumidos por la población desde la infancia y transmitidos de generación en generación, que sirven como justificación para cometer actos de violencia directa o estructural (Calderón, 2009). Los discursos culturales que amparan esas situaciones injustas se expresan a través de la historia, la filosofía, la ciencia, la religión, el derecho, la educación, el lenguaje, la ideología, los medios de comunicación, etc. El clasismo, el racismo, el sexismo o el machismo son claros ejemplos de esos discursos culturales. A través de la religión, por ejemplo, se han construido y justificado tradicionalmente discursos de discriminación e incluso de odio por razones de orientación sexual (homofobia) y de género (misoginia), entre otras. El asunto de los feminicidios remite directamente al machismo y a la cuestión de género, entendida a partir del modelo patriarcal autoritario y la idea de sumisión de la mujer al varón (Butler, 2006).

La violencia siempre ha formado parte de la experiencia humana, más aún en la sociedad tardomoderna, donde se volvió omnipresente, entre otras cosas porque cada ciudadano la ejerce sobre sí mismo a través de la autoexplotación (Han, 2016). Puede decirse también, por tanto, que en mayor o menor medida la violencia ha estado siempre presente en México. Las violencias heredadas de la colonia se mantuvieron en el México independiente, a pesar del esfuerzo que supuso la Guerra de Reforma al propiciar una reestructuración social que intentó terminar con los privilegios de las clases dominantes. Pero las injusticias pervivieron, abocando así a la Revolución, cuyos resultados han sido con frecuencia sobrevalorados, dado que el régimen posrevolucionario tampoco fue capaz de arreglar las cosas. Pipitone (2017) habla de la incapacidad de México para cambiarse realmente a sí mismo, responsabilizando de ello a la persistencia de un sistema político que no expresa más que una “vuelta en círculo”, lo que se traduce en la doble continuidad de “alta segmentación social” y “baja calidad institucional”. Y añade: “las cosas nunca



cambian lo suficiente para que el enfermo (colectivo) salga de sus padecimientos, que, con síntomas diferentes, son siempre los mismos entre pobreza difundida, aguda desigualdad e instituciones plagadas de corrupción e ineficacia endémicas” (Pipitone, 2017: 13). La cita sirve hoy para seguir calificando de “enferma” a una sociedad que desde 2015 viene batiendo anualmente el récord de homicidios: en 2019 se registraron en México 35,633 asesinatos, de los cuales 34,669 fueron catalogados como homicidios dolosos y 964 como feminicidios (SESNP, 2020). Ello da un promedio de casi un centenar de asesinatos por día. ¿Qué cabe deducir de unos datos tan impactantes? Entre otras cosas, que el tejido social del país está muy dañado. Como las violencias se retroalimentan, pues es bien sabido que la violencia engendra más violencia, la crisis de seguridad que vive el país desde hace tiempo ha contribuido a que se consoliden en las ciudades los enclaves residenciales fortificados, y con ellos, por tanto, la segregación socioespacial, que es otra forma de minar la confianza entre los distintos grupos sociales y poner más trabas a la cohesión. La creación de este “nuevo orden privado” ha traído como consecuencia la implosión de la vida pública moderna, porque todo lo relativo a privatización, cerramientos, vigilancia de fronteras y técnicas de distanciamiento da lugar a otro tipo de espacio público, fragmentado, en el que la desigualdad se presenta como “valor estructurante”. De este modo, dice Pires do Rio (2007: 15), “el nuevo medio urbano refuerza y valoriza desigualdades y separaciones y es, por tanto, un espacio público no democrático y no moderno”. El surgimiento de las ciudades en la historia va unido al hecho de que un grupo de personas decide colaborar y prestarse ayuda mutua, convirtiendo esa necesidad de colaboración en virtud, valor y fuerza para avanzar y desarrollarse.

En nuestra época se ha ido perdiendo esa idea primordial de com(ún)-unidad:

los fraccionamientos privados tienden a convertir el espacio urbano en una especie de archipiélago compuesto por un conjunto de islas más o menos autosuficientes e independientes, donde además se evidencia una clara voluntad de distinguirse y distanciarse de los otros, es decir, de los que no son como nosotros. Monterrey y su área metropolitana son un buen ejemplo

de esto (Imagen 1). Los contrastes marcados y las desigualdades son de hecho una constante en su paisaje urbano, como bien refleja la película *Ya no estoy aquí* (2019), de Fernando Frías de la Parra. Los ciudadanos tienen muy interiorizada también la segregación entre municipios. Martín H. González (citado en Mendoza y Guajardo, 2020) recuerda un episodio cuando trabajaba en una librería de San Pedro Garza García y le comentó en una

IMAGEN 1. CIERRE DE CALLES POR MOTIVOS DE INSEGURIDAD. COLONIA ANÁHUAC, SAN NICOLÁS DE LOS GARZA, N. L. (2011).



Fuente: Ricardo Lazcano.



ocasión a un cliente que el libro que buscaba podía encontrarlo en el centro de Monterrey, ante lo que el sujeto se limitó a responder: “Yo no salgo de San Pedro”.

IMAGEN 2. PRIMERA TIENDA OXXO EN MÉXICO (1978).
COLONIA LINDAVISTA, GUADALUPE, N. L. (2018).



Fuente: Facebook.

En las páginas que siguen nos preguntamos qué se ha hecho desde los Centros Comunitarios (CC) para contrarrestar los efectos de todos esos disolventes sociales. Los OXXO no constituyen de momento una competencia seria por parte de la iniciativa privada, pero es significativo que alguien haya reparado en el hecho de que algunos de esos establecimientos comerciales –los ubicados en los lugares más estratégicos de las ciudades– se están convirtiendo, de

manera espontánea y a falta de más y mejores espacios públicos, en “más que

meras tiendas de conveniencia” (Zertuche, 2017). ¿En centros comunitarios? Este autor señala que en San Pedro Garza García, por ejemplo, los únicos lugares donde se pueden encontrar polos opuestos de ciudadanos son la fila, el estacionamiento o las inmediaciones de un OXXO; en ellos coinciden *juniors*, albañiles, directivos, choferes, jardineros, amas de casas “de abolengo”, trabajadoras domésticas, estudiantes, guardaespaldas, etc. Según Zertuche (2017), es como si el OXXO monopolizara de forma espontánea las posibilidades de encuentro, aunque éste esté mediado por el consumo frugal (Imagen 2). Los usuarios –sobre todo quienes se mueven en transporte público– deben comportarse ahí como consumidores, pero ello no impide que se apropien del espacio como un punto de reunión e incluso de resguardo en días de lluvia o excesivo calor. Parece una broma pero no lo es, porque en realidad este caso pone de manifiesto las carencias en materia de infraestructura pública comunitaria de calidad, así como la relación entre consumo y heterogeneidad social.

EL DIFÍCIL FOMENTO DE LA POTENCIALIDAD DEL SER EN LA “SOCIEDAD DE LA TRANSPARENCIA”, LA POSITIVIDAD Y EL RENDIMIENTO

Al referirnos a la violencia cultural mencionamos el protagonismo que tiene en ella todo lo relacionado con tradiciones, costumbres y herencias recibidas. Sin embargo, las dificultades para lograr el fortalecimiento del tejido social no sólo proceden de la tradición cultural. Cabe referirse también en ese sentido a las nuevas aportaciones que han ido moldeando la sociedad en tiempos más recientes. A partir del pensamiento de algunos de los filósofos más representativos de nuestra época, consideramos necesario entender las patologías del presente a nivel global para ver en qué medida permiten analizar mejor nuestro objeto de estudio. La obra del surcoreano Byung-Chul Han, por ejemplo, revela unas dinámicas culturales en las sociedades capitalistas que no favorecen precisamente la construcción de comunidad, que es uno de los objetivos de los centros comunitarios.



En el marco de la actual sociedad de la información y del sistema global neoliberal, la “sociedad positiva” de la que habla este pensador es la del exceso de estímulos, informaciones e impulsos, la de la sobreabundancia de lenguaje positivizado, la del “me gusta” de las redes sociales. En ella no hay lugar para sentimientos negativos –sufrimiento, dolor–, ni prohibiciones –desregulación–, ni enfoques críticos: “el inconsciente social pasa del deber al poder”, es decir, la negatividad del deber

IMAGEN 3. MACROCENTRO COMUNITARIO SAN BERNABÉ, MONTERREY (2014). EL DISEÑO COMO PARTE DEL “DERECHO A LA BELLEZA” (BORJA, 2013).



Fuente: Archdaily. Pich-Aguilera Arquitectos.

cede ante la positividad del “*Yes, we can*”, del poder sin límites (Han, 2015: 27). El problema de la “negatividad” es que entorpece la comunicación –entendida como intercambio de información–, que es lo que genera valor económico. La “positividad” sustenta así el imperativo económico que rige en esta que es también una “sociedad del rendimiento”; en ella mandan la visibilidad y el aspecto “bello” de las cosas (Imagen 3), y todo se expone como mercancía y se consume sin escrúpulos, incluso el propio cuerpo humano, haciendo que el sujeto se explote voluntariamente a sí mismo al creer que se está realizando. Es la “precariedad del emprendedurismo” de la que habla también Boaventura de Sousa (Páramo, 2019). En ese contexto de trabajo “inhumano”, el ciudadano se ve reducido a “*animal laborans*” y el alma, dice Han, se infarta. El resultado es una sociedad despolitizada y desmemoriada, anestesiada por la hipercomunicación, la hiperactividad, la hiperproducción y la hiperaceleración, así como desprovista de narratividad y pobre en semanticidad, es decir, básicamente instrumental o funcional. Lo anterior implica también una apuesta por la intimidad y el narcisismo –culto al yo–, y una desintegración de la esfera pública, de la conciencia pública y crítica, que supone en última instancia una privatización del mundo, una descomposición en espacios privados que los sujetos llevan consigo a todas partes (Han, 2013: 68-69). Porque cuando uno se encapsula en sí mismo, “el mundo desaparece”. Lo que interesa es el espacio cercano, digital sobre todo, en el que los sujetos se encuentran sólo a sí mismos y a sus iguales, no a los *otros*, y donde se ven únicamente aquellas facetas del mundo que gustan. Es decir, la sociedad se libera de cualquier imperativo moral, aunque ello no es óbice para que el neoliberalismo explote la moral de muchas maneras. Esto se relaciona a su vez con la desaparición de los ritos o prácticas rituales –como la cortesía y otras formas de respeto–, identificados con valores simbólicos que tradicionalmente han mantenido cohesionada a la comunidad.

Lo anterior deriva en una notable erosión de la idea de comunidad, que se expresa en la “decadencia de lo social”, en la devaluación de la acción social. El régimen neoliberal promueve la individualización de las personas y la comunidad tiende a desintegrarse ante la



presión que ejercen la exigencia de producción y el afán de hacer dinero. Éste aumenta la libertad individual de los sujetos, liberándolos de sus vínculos personales con los demás, es decir, aislándolos, porque lo que importa es la autorrealización. La autorreferencialidad de los sujetos narcisistas de hoy se convierte en violencia, igual que el cansancio que provocan los excesos de la sociedad del rendimiento, “porque destruye toda comunidad, toda cercanía” (Han, 2015: 32, 73). En esas condiciones es muy difícil que exista sentido comunitario; cosa distinta es el agrupamiento casual de “egos” en torno a marcas. Pero nada tienen que ver las comunidades de marca, carentes de fuerza simbólica vinculante y convertidas a menudo en mercancía para ser consumida, con “reuniones que sean capaces de una acción común, política, de un *nosotros*” (Han, 2013: 93). Por tanto, la progresiva fragmentación o atomización social va de la mano con la destrucción del vínculo. Si lo social se somete por completo a la autoproducción parece lógico que se genere una crisis de la comunidad. Los ritos, dice Han, generan “*comunidad sin comunicación*”, mientras que lo que predomina hoy a través de la hipercomunicación digital es una “*comunicación sin comunidad*” (Han, 2020: s. p.). Son los sentimientos colectivos los que construyen comunidad. En definitiva, de este progresivo “embrutecimiento de la sociedad” no cabe esperar, dándole la vuelta al concepto de sociedad positiva, muchas cosas de este cariz: “Si el mundo se convierte en un espacio de exposición, el habitar [que significaba originariamente “estar satisfecho (en paz)”] no es posible” (Han, 2013: 30).

Téngase en cuenta, no obstante, que Han construye su discurso *omniabarcador* en el marco de una sociedad –alemana y europea en su caso– menos aquejada que México en lo relativo a problemas vitales esenciales, por lo que la superación de la “negatividad” y la supuesta disolución de las líneas o fronteras de confrontación, ante la idea de que ahora explotador y explotado son la misma persona, serían aquí muy cuestionables.

Agamben, por su parte, se ha referido recientemente a la pandemia provocada por la COVID-19 para interpretar el cierre de universidades y escuelas –y su sustitución por clases en línea– como un intento de quienes nos gobiernan para que dejemos de reunirnos y hablar por razones políticas o culturales, y sólo intercambiamos mensajes digitales, de tal forma que las máquinas vayan sustituyendo en la medida de lo posible todo contacto –contagio– entre los seres humanos (Agamben, 2020). Es la idea de que, debido a las reglas de distanciamiento social decretadas, el virus nos aísla e individualiza, y lejos de generar algún sentimiento colectivo fuerte –más allá de la solidaridad consistente en guardar distancias mutuas–, cada quien se preocupa básicamente de su propia supervivencia.

Pero de este pensador queremos rescatar sobre todo su advertencia del peligro de que la política sea entendida cada vez más como biopolítica, es decir, como gestión política de la vida, como intervención del poder en la vida humana. En la cultura clásica griega hay dos términos para referirse a la vida: *zoé* y *bíos*. Partiendo de la distinción aristotélica entre ellos, pues *zoé* remite al mero hecho de vivir –lo común a todos los seres vivos–, a la existencia puramente biológica, mientras que *bíos* alude a una vida cualificada, a una existencia política, Agamben (1999) reflexiona sobre las categorías políticas de la vida y sobre el tipo de vida que se debe desarrollar en la polis. *Zoé* se define también a través del concepto de “*nuda vida*”, ligado a su vez al modelo biopolítico del poder, toda vez que éste considera al hombre como simple cuerpo vivo o materia y no como sujeto –con atributos propiamente humanos– inserto en un contexto social, político y cultural. El biopoder



ambiciona gobernar vidas que sean *zoé* sin *bíos*. La vida cualificada de *bíos*, propia de un individuo o un grupo, implica el reconocimiento de la persona como logos, esto es, como ser con capacidad de lenguaje y raciocinio.

Ese reconocimiento supone “inclusión”, aplicable a quienes, por no ser reconocidos en algún momento, estaban excluidos. Es lo que ocurre cuando un país reconoce institucionalmente a sus comunidades indígenas², que al dejar de ser sólo presencia o *nuda vida* pueden convertirse en “entes participativos” (Imagen 4).

IMAGEN 4. CENTRO COMUNITARIO “ARBOLEDAS DE LOS NARANJOS” (JUÁREZ, N. L., 2005), PENSADO PARA LA COMUNIDAD NAHUA, INDÍGENAS MIGRANTES QUE SE ASENTARON EN NUEVO LEÓN.



Fuente: Desarrollo Social NL (Administración 2009-2015).

Pero también puede ocurrir al revés, como revela el caso de un diputado brasileño que en 2014, en un ejemplo perfecto del pensamiento autoritario que excluye al otro, dijo de afrodescendientes, indios, gays y lesbianas que representaban “todo lo que no sirve” (Tiburi, 2015: 42). Es evidente que ese pensamiento, que juzga al otro por la utilidad, incluye también a otros grupos sociales – ¿personas en situación de pobreza?– en la categoría de los “inservibles”.

Aunque Agamben es pesimista respecto al efecto que puedan tener los “remedios humanistas” frente al biopoder, apela en todo caso a la “resistencia”, sugiriendo ideas o alternativas para una política no biopolítica (Agamben, 2014). Nos preguntamos sobre la posibilidad de aplicar esta teoría en contextos de pobreza y desigualdad donde a menudo, más que el “vivir bien” propio del *bíos*, se sobrevive en clave *zoé*. Y nos preguntamos también sobre el papel que podrían jugar los Centros Comunitarios (CC) en esa resistencia frente al biopoder, 1) contribuyendo a que los usuarios más vulnerables dejen de ser sólo vivientes para convertirse en hablantes –capaces de expresar lo que les parece justo o injusto, oportuno o inoportuno–, 2) implementando estrategias de inclusión para los excluidos, 3) ofreciendo a la *nuda vida* herramientas para ejercer en el ámbito público una vida política, es decir, asociada a una idea de humanidad, de pertenencia y participación en

² Porque hubo un tiempo en que los europeos no reconocieron al indio americano como “hombre”.



la comunidad, y 4) trabajando, en suma, para reafirmar que los usuarios son “alguien”, no “algo”. Ello implicaría, no obstante, entender los CC más allá de una determinada “población objetivo”, porque todos los que habitamos este tiempo, incluyendo niños, jóvenes, adultos y ancianos –no sólo de grupos vulnerables–, estamos en riesgo de *nuda vida*. La clave para conjurar ese riesgo estaría en pensar la vida humana como “potencia”, idea que implica poder realizarse en las diversas facetas de la existencia; un ser de potencia es aquel cuyas posibilidades son múltiples, es alguien que puede elegir y desarrollar particularidades. Incluso entender la vida como “potencia de pensar” y como “potencia común”, pensando en comunidad con otros. El “ser-en-común”, la comunidad, apela necesariamente a la pluralidad de puntos de vista y al concurso de subjetividades no coincidentes ni idénticas; de ahí que el modo de ser del hombre tienda a la “no-identidad”. Tiburi (2015) critica también el principio de identidad por destruir lo no idéntico, mostrando además su insuficiencia como paradigma eurocéntrico en el contexto de una sociedad democrática. La comunidad, donde lo impropio debe ser constitutivo de lo propio, no será así el espacio de los míos, de los que son como yo o como nosotros, sino también de los otros, de los que piensan distinto a mí, y ese será precisamente el mayor desafío del diálogo, conversar con quien no piensa como yo. La guinda del pastel sería poder prescindir de la tutela gubernamental para que la política se dé libremente.

Antes que Han y Agamben, Fromm (1991) ya había advertido contra los peligros de la premisa contemporánea de que “quien no tiene, no es”, abogando en ese sentido por priorizar siempre la orientación del “ser” sobre la del “tener”, base esta última de la conducta materialista y consumista. Ello implica reconocer que, en términos esenciales, uno vale más por lo que es –por valores como el compromiso, la solidaridad, la honestidad, etc.– que por lo que tiene o hace, lo que a su vez no es incompatible con disponer de unas mínimas condiciones de vida en lo material. Como no es admisible estar produciendo seres humanos y comunidades “enfermos” con tal de tener una economía sana, es necesario revalorizar el desarrollo del propio individuo y sus procesos, entendiendo la individualidad como opuesta al egocentrismo. Nuestros CC ponen mucho énfasis en la formación de capital humano a través de la continua implementación de cursos y talleres para el trabajo, pero desde la perspectiva de Fromm las capacidades y competencias –lo mismo que las discapacidades– no nos identifican porque somos más que eso.

CENTROS COMUNITARIOS Y CAPITAL HUMANO: EL CASO DE NUEVO LEÓN

De acuerdo a los objetivos planteados en el Programa Hábitat, diseñado por la Secretaría de Desarrollo Social federal (SEDESOL) y puesto en marcha en 2003, Graizbord (2008: 9) define los centros comunitarios (CC) como espacios físicos –inmuebles– compuestos de una o más aulas, así como de áreas para recreación y esparcimiento, en los que se ofrecen diversos servicios a la población. Además de ser lugares de encuentro y convivencia social que fortalecen la identidad colectiva y permiten promover el fortalecimiento de la organización social y el desarrollo comunitario, son también espacios dirigidos a la ampliación de capacidades laborales por medio de cursos y talleres de capacitación en diferentes artes y oficios, cursos de desarrollo humano, talleres para mejorar la economía familiar, actividades artísticas, culturales y deportivas, así como servicios de atención a la salud.



Esta definición recoge el carácter integral y la multiplicidad de servicios previstos en el citado Programa, estableciendo claramente dos áreas principales de actuación: la formación de capital humano y la construcción de capital social. Sin embargo, el equilibrio que cabría esperar en cuanto a la atención a una y otra parcela no se ha dado, quedando relegada la segunda –la más compleja– por la fuerte demanda de capital humano, tanto por parte de gobiernos y empresas como de la propia sociedad en general. Esto, que podría ser aplicable a todo el país en virtud de diversos

IMAGEN 5. TALLER DE CORTE Y CONFECCIÓN EN EL CENTRO COMUNITARIO DE LA COLONIA SIERRA VENTANA (MONTERREY), EN MAYO DE 2016. VISITA LAS INSTALACIONES EL GOBERNADOR DE NUEVO LEÓN, JAIME RODRÍGUEZ CALDERÓN. LA EMPRESA “AUTOFIN MONTERREY” PATROCINA EL TALLER Y “APADRINA” EL CENTRO.



Fuente: Gobierno de Nuevo León (Administración 2015-2021).

objetivos y planes de desarrollo, se planteó con más énfasis en Nuevo León, entidad que se ha distinguido históricamente por una cultura local de fuerte sentido utilitario-pragmático y trasfondo empresarial, productivo y de negocio. El emprendedurismo y el culto al trabajo y a la laboriosidad han sido y siguen siendo verdaderos mantras en Monterrey (Imagen 5).

Teniendo en cuenta que la violencia no era en 2003 un problema del calibre que lo es hoy, el Programa Hábitat se orientó sobre todo a enfrentar los desafíos de la pobreza urbana, a superar los rezagos y profundos contrastes sociales en las ciudades y zonas metropolitanas, y en última instancia a tratar de elevar la calidad de vida de los ciudadanos de las zonas urbano-marginadas. Monterrey quedó incluido en el grupo de 32 ciudades y áreas metropolitanas que conformaron en 2003 el núcleo principal de atención de Hábitat. Se trataba de mejorar la infraestructura básica, así como el equipamiento de las zonas más desfavorecidas con la oferta de servicios sociales y acciones de desarrollo comunitario; de ahí parten precisamente los CC. Y ahí quedó establecida también la población objetivo de estos establecimientos: mujeres, niños, adultos mayores y personas con discapacidad de los sectores sociales más vulnerables.

Aunque existen también centros comunitarios (CC) de titularidad municipal, aquí vamos a centrarnos en los que dependen de la Secretaría de Desarrollo Social del Estado, y más concretamente en los que se localizan en el área metropolitana de Monterrey (AMM). Del total actual de 43 CC estatales, 28 se encuentran en el AMM, es decir, el 65%. El primer CC que se puso en funcionamiento en Nuevo León fue el “Eulalio Villarreal” (Escobedo), inaugurado el 12 de abril de 2005. El mayor esfuerzo en términos cuantitativos se dio en el sexenio de Natividad González Parás (2003-2009), con Alejandra Rangel Hinojosa como presidenta del entonces llamado Consejo de Desarrollo Social del Estado; ese periodo se cerró con un total de 23 CC en el AMM, de los 28 actuales.



En el sexenio siguiente (2009-2015), que tuvo como gobernador a Rodrigo Medina y estuvo especialmente marcado por la explosión de violencia³ y la corrupción⁴, siguieron construyéndose CC porque la demanda era muy alta, pero la atención se dirigió ahora hacia los municipios más rurales y periféricos de Nuevo León. Mientras, en el AMM la contención numérica se vio compensada por la monumentalidad y la gran escala, como atestiguan los macrocentros de la colonia Independencia (2011) y San Bernabé (2014), ambos en el municipio de Monterrey y emblemas los dos de la política social del gobierno de Medina (Imagen 6).

IMAGEN 6. VISTA PARCIAL DEL MACROCENTRO DE LA COLONIA INDEPENDENCIA (MONTERREY, 2011)



Fuente: Open House Monterrey.

La capacidad de creación de nuevos CC, e incluso de atención y mantenimiento de muchos de los ya existentes⁵, se vio limitada por una sensible reducción del presupuesto de la nueva Secretaría de Desarrollo Social estatal, al tener que destinar grandes cantidades de recursos al rubro de Seguridad Pública y al propio combate a la violencia, pero también por la corrupción. Asimismo, la dificultad de los macrocentros, más allá de su vinculación con cuestiones de imagen, propaganda y espectáculo político-arquitectónico, es el hecho de que este tipo de infraestructuras se vuelven muy problemáticas y difíciles de mantener después;

³ Nos referimos a la ola de violencia extrema que se dio entre 2009 y 2012 –justo en la primera mitad del sexenio de Medina–, provocada por el narcotráfico y el crimen organizado en interacción con la “guerra” declarada contra esas organizaciones desde el Gobierno federal.

⁴ Al margen de lo que haya podido ocurrir en otras áreas de gobierno, la titular de la nueva Secretaría de Desarrollo Social estatal entre 2009 y 2013, Juana Aurora Cavazos, se vio envuelta en diversos episodios de corrupción durante su gestión (Charles, 2012; Ramos, 2012a, 2012b, 2012c). El 25 de junio de 2016, mientras ejercía como diputada nacional, el Gobierno de Nuevo León emitió un comunicado en el que daba a conocer la inhabilitación (por la Contraloría y Transparencia Gubernamental) para ocupar cargos públicos por 10 años de cuatro exfuncionarios de primer nivel de la anterior administración estatal, entre ellos Juana Aurora Cavazos Cavazos, “por haber otorgado incentivos económicos de manera irregular a la empresa Siderúrgica de Linares” (Gobierno de Nuevo León, 2016).

⁵ La prensa local denunció el “abandono” de los CC por parte del Gobierno, a pesar de la creciente criminalidad que se vivía por entonces en el AMM (Vázquez, 2012).



es decir, cuesta mucho mantenerlas bien. Eso sin contar con que los más de 253 millones invertidos en el macrocentro de la colonia Independencia (Villasáez, 2011) habrían permitido poner en funcionamiento 50 centros de los convencionales –como los que se abrían por entonces en los municipios periféricos del Estado–, cuyo costo rondaba los cinco millones de pesos cada uno. Como dice Roberto Núñez, cofundador de Covachita, un despacho regiomontano de arquitectura con marcado acento social, “el problema de lo grande es problema de los regiomontanos”⁶.

Por lo que respecta a la actual administración de Jaime Rodríguez Calderón (2015-2021), se ha limitado básicamente a administrar lo heredado, dándole continuidad al funcionamiento de los CC. Si en algo queda a deber es precisamente en la apertura de nuevos centros en el AMM, sobre todo teniendo en cuenta que la cifra de los existentes –los 28 señalados– sigue siendo deficitaria en relación al número de polígonos de pobreza, 68 según datos de 2010 (Gobierno de Nuevo León, 2013) y 53 de acuerdo a fuentes más recientes (Gobierno de Nuevo León, 2017)⁷. Considerando el supuesto potencial económico de Nuevo León, haber creado esos 28 centros en 15 años se antoja un esfuerzo débil e insuficiente, especialmente cuando se compara con lo que se está haciendo en la actualidad en la Ciudad de México a través del Programa PILARES, acrónimo de “Puntos de Innovación, Libertad, Arte, Educación y Saberes”, que es una forma alternativa de llamar a los CC⁸. De todos modos, no se trata sólo de cifras, de cuántos CC sean, sino de tener claro qué se pretende hacer con ellos. No conviene perder de vista que hay muchas diferencias –en tamaño, instalaciones, equipamiento, servicios ofrecidos, etc. – entre unos CC y otros. Ahora bien, aun siendo necesaria, es evidente que la infraestructura no basta por sí sola.

Como decíamos antes, la incidencia de los servicios prestados en los CC del AMM se orientó principalmente a satisfacer necesidades de capital humano relacionadas sobre todo con capacitación laboral de personas –mujeres en su gran mayoría– residentes en zonas catalogadas como polígonos de pobreza, a fin de elevar su calidad de vida. A pesar de que la violencia irrumpió con extraordinaria fuerza en la entidad a partir de 2009, y de que ya desde 2004 se modificaron las reglas originales de operación del Programa Hábitat para contemplar también acciones de prevención y atención de la violencia en cualquiera de sus formas (SEDESOL, 2004), reconociéndose después, además, que la violencia daña más a los grupos en situación de pobreza porque tienen menos medios para defenderse de ella (SEDESOL, 2006), a pesar de todo ello, decimos, el énfasis prioritario siguió poniéndose en los cursos y talleres de capacitación para el trabajo, o formación de mano de obra. El combate a la pobreza se entendió básicamente desde la perspectiva de la ampliación de destrezas, habilidades, capacidades, competencias y oportunidades laborales de las personas que integraban la población objetivo, así como del fomento de proyectos productivos susceptibles de mejorar los ingresos personales y/o familiares. Es decir, no se contempló la

⁶ Entrevista de los autores a Roberto Núñez –a través de la plataforma digital Microsoft Teams–, celebrada el domingo 17 de mayo de 2020.

⁷ En efecto, esta fuente de 2017 reduce los polígonos de pobreza en el AMM a 53 (p. 48), pero ofrece gráficas (p. 49) que mantienen los 68 polígonos de la fuente de 2010.

⁸ A finales de 2018 se anunció el proyecto de creación de 300 CC (PILARES) durante los dos años siguientes, con una inversión de 2,000 millones de pesos. En enero de 2020 ya se habían puesto en funcionamiento 120 (Roa, 2020).



posibilidad de combatir (también) la pobreza fomentando la autonomía personal pero a partir de algo tan básico como enseñar a la gente a pensar, no sólo a producir, tal vez porque lo que interesa realmente son ciudadanos identificados con trabajadores aplicados y obedientes, sumisos y fáciles de controlar. En el empeño puesto en el enfoque productivo o de “utilidades” no se registran variaciones a lo largo del periodo estudiado, de 2005 a la fecha. La exigencia de hiperproducción, como decía Han, va de la mano con el deseo de autorrealización y con la idea de una sociedad desprovista de narratividad y básicamente funcional o instrumental.

Ese modelo ha producido beneficios individuales de tipo económico y en las relaciones familiares de los beneficiarios, y no debe extrañar por tanto que la opinión de los asistentes a los CC sea positiva. De hecho, las mujeres-usuarias vinculan principalmente su opinión favorable sobre los centros con la obtención de beneficios económicos para ellas y sus familias, al tiempo que reconocen que asisten sobre todo a los centros para aprender algún oficio (Ahumada, Bernal y Cárdenas, 2007; Graizbord, 2008; Graizbord y González-Alva, 2012). La clave del “éxito”, compartida también por los prestadores de servicios, consiste en que el paso de un usuario por alguno de estos establecimientos termine traduciéndose en trabajo –ya sea en el sector formal o como autoempleo– e ingresos. Pero cabe preguntarse si basta con eso, que no implica necesariamente nada malo, aunque el potencial de los CC se vería muy limitado si así fuera, sobre todo en cuanto a prevención de la violencia. ¿Sólo es posible entender el beneficio en términos de utilidad económica? ¿Basta con que el beneficio llegue a los usuarios de los CC, o es necesario que alcance a toda la comunidad, incluidos quienes no asisten a ellos? Graizbord y González-Alva (2012: 315) recogen la opinión de una usuaria que resulta muy reveladora: para ella, a partir de su experiencia en el CC al que asiste, “la comunidad no ha cambiado, hemos cambiado las personas”.

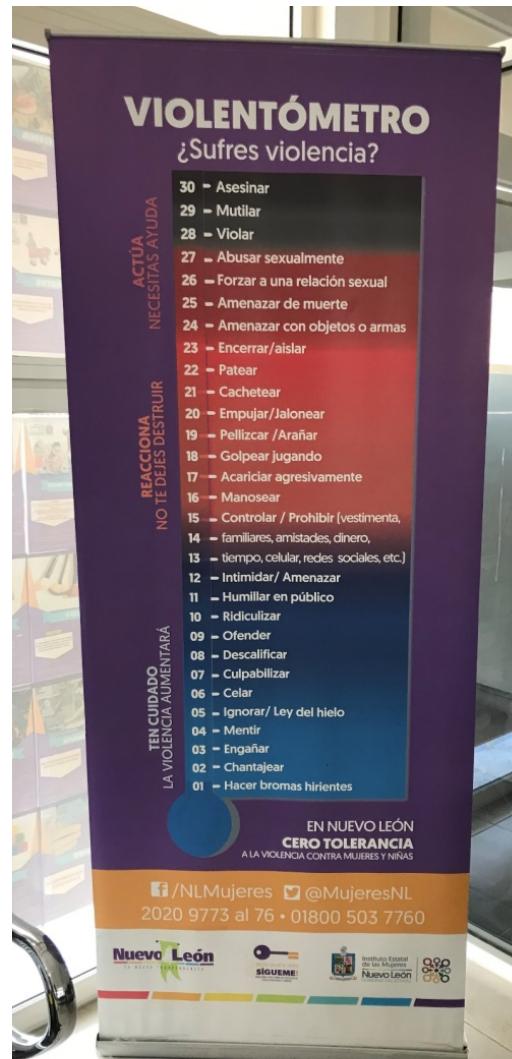
La primera –y única hasta el momento– evaluación de CC llevada a cabo en Nuevo León, entre 2006 y 2007, constata que los talleres educativo-productivos o de oficios son los principales. Su presencia en el conjunto de las actividades de los centros es mayor que la de los talleres recreativos, culturales o deportivos (Ahumada, Bernal y Cárdenas, 2007). Orientados a mejorar las condiciones para la inserción en el mercado laboral, los cursos de capacitación para el empleo incluyen talleres de manualidades, corte y confección, tejido y bordado, cocina, belleza, joyería artesanal y serigrafía, entre otros. Es decir, teniendo en cuenta que son mujeres las que acuden abrumadoramente a los CC, nótese cómo varios de esos cursos tienden a perpetuar los roles de género que alientan las conductas machistas (Imagen 5). Y aunque hayan podido ofertarse en ocasiones talleres formativos dedicados a la prevención de la violencia intrafamiliar y de género, no sólo tienen el problema de que su condición no productiva los hace menos atractivos, sino también el de la escasa asistencia de adultos varones a los CC. De esto último cabe responsabilizar –al menos en parte– al Programa Hábitat, por no incluir expresamente a este colectivo entre los grupos “sensibles” de la población objetivo; porque tratándose de violencia de género es evidente que son actores clave, aunque no sea como víctimas sino como potenciales sujetos activos o agresores.



EL CAPITAL SOCIAL COMO DESAFÍO

Es evidente que no podemos culpar a los centros comunitarios (CC) de la violencia brutal que sacude y envenena al país desde hace años, pero sí podemos exigirles mayor compromiso para mitigarla. Porque los datos conocidos sobre los efectos de la inseguridad y la violencia en México atestiguan en cierto modo que algo no se está haciendo bien desde el ámbito de las políticas sociales. Nuevo León ha seguido la misma tendencia que el conjunto del país, con un incremento progresivo de los homicidios desde 2015 a la fecha, aunque sin alcanzar las cifras récord de 2011 y 2012⁹, coincidiendo con la ola de violencia extrema de aquellos años. Del mismo modo, la tasa de homicidios por cada 100 mil habitantes es casi 11 puntos inferior a la nacional¹⁰. Aun así, los 956 asesinatos registrados en 2019 –889 dolosos y 67 feminicidios– siguen siendo una cifra muy alta si la comparamos, por ejemplo, con la media mundial de homicidios¹¹. Especialmente preocupante es el tema de los feminicidios, que constituyen actualmente una de las figuras delictivas más graves y con mayor impacto en la opinión pública (Imagen 7). Nuevo León supera en este rubro a México –un 7% frente a un 2.7% respectivamente del total de asesinatos–, siendo de hecho la cuarta entidad del país con más mujeres asesinadas en 2019 (SESNSP, 2020)¹².

IMAGEN 7. “VIOLENTÓMETRO” EN EL MACROCENTRO COMUNITARIO DE SAN BERNABÉ (MONTERREY) EN 2020. INFORMACIÓN SOBRE DIVERSAS EXPRESIONES DE VIOLENCIA CONTRA LAS MUJERES.



Fuente: Autores.

⁹ En 2011, año con el mayor número de asesinatos registrado en Nuevo León, se contabilizaron 2,174 víctimas mortales; en 2012 fueron 1,832 (INEGI, 2020a).

¹⁰ Dicha tasa fue de 17.3 en Nuevo León (frente a los 28 de México) en 2019. Se estima el dato de Nuevo León en relación a una población de 5.5 millones de habitantes, y sobre la base del total de homicidios dolosos y feminicidios que ofrece el Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública para Nuevo León (SESNSP, 2020).

¹¹ Que fue de 6.1 (UNODC, 2019).

¹² En 2018, con 79 mujeres asesinadas, Nuevo León fue la tercera entidad del país con más feminicidios (SESNSP, 2020).



Los CC han fallado en su intento de construir comunidad, de fortalecer verdaderamente el tejido social. ¿Por qué? En parte por falta de voluntad política, es decir, porque no ha interesado, dado que comprometerse en ese sentido va a implicar siempre para el poder cierta pérdida de control sobre la población en la medida en que ésta vaya ganando madurez, capacidad crítica y autonomía. Harvey (2020, 94) tiene claro que el poder quiere ciudadanos obedientes: “La fuerza laboral ha sido socializada en casi cualquier parte del mundo desde hace mucho para que se comporte como buenos sujetos neoliberales (lo que significa culparse a sí mismos, o a Dios, si algo va mal, pero no atreverse nunca a sugerir que el capitalismo pudiera ser el problema)”. Son justo estas dinámicas, propias de la sociedad despolitizada que denuncia Han, las que podrían cuestionarse si enseñamos a la gente a pensar, a tener acción común y “vida política”, es decir, asociada a una idea de humanidad, de pertenencia y participación en la comunidad. Pero el fallo de los CC obedece también probablemente a que no han sabido cómo proceder en esa construcción de capital social.

IMAGEN 8. DETALLE DEL CENTRO COMUNITARIO O UNIDAD OPERATIVA SESC-POMPÉIA (SÃO PAULO, BRASIL, 1977), DISEÑADO POR LA ARQUITECTA LINA BO BARDI.



Fuente: Pedro Kok.

Aunque luego se viera muy limitada en la práctica a este respecto, la propuesta teórica del Programa Hábitat habla también de impulsar la construcción de ciudadanía, de conocer y ejercer los derechos ciudadanos, de transformar actitudes y comportamientos que permitan mejorar las relaciones interpersonales, de promover la equidad de género y una cultura de la no violencia hacia las mujeres, etc. (SEDESOL, 2007). Ya se ha dicho, no obstante, que se impuso el pragmatismo de la capacitación laboral, en consonancia con la idea de una sociedad cada vez más liberada de imperativos morales. Los requerimientos para la formación de capital humano son distintos de los que precisa la creación de capital social: la primera, por ejemplo, tiende a darse en contextos de obediencia y disciplina, mientras que la segunda demanda más bien pensamiento crítico. En Brasil los centros SESC (Serviço

Social do Comércio)¹³ (Imagen 8) impulsan un proceso de transformación social que incentiva el conocimiento en diferentes áreas, pero también el sentido crítico, la autonomía y el diálogo en ambientes de construcción de ciudadanía donde se propicia la interacción y el contacto con expresiones y modos diversos de pensar, sentir y actuar (SESC, 2019).

¹³ Reconocida institución promovida por el Estado brasileño en 1946 pero sostenida por las empresas y establecimientos comerciales.



Porque lo que se busca precisamente es combatir la desintegración de la conciencia pública y crítica.

El diseño ambiental que ampara la propia construcción de los CC, y buena parte de los servicios que en ellos se prestan, pueden ser tal vez condición necesaria pero no suficiente para hacer verdadera comunidad. Porque no es lo mismo reunir que unir; la mera adherencia o adición de cosas no siempre suma. Si decimos que construir ciudadanía o tejido social es lo más difícil es porque a veces puede implicar sacrificios y renunciaciones personales, puede suponer contravenir y cuestionar principios, ideologías o creencias sociales muy arraigadas –que nutren a menudo las violencias invisibles–, y porque requiere tolerancia y capacidad dialógica. Consideramos, además, que es algo que va más allá de una determinada población objetivo, implicando también a otros sectores sociales. Y el problema con eso es que se ha llegado a un punto en que cuesta superar la identificación (excluyente) de los CC con sectores de población en situación de pobreza o vulnerabilidad. Parte de la violencia estructural y cultural que sufren los sectores más desfavorecidos de la sociedad procede de ámbitos sociales que escapan a la población objetivo de los CC. Es necesario, entonces, imaginar fórmulas que permitan vincular al resto de la sociedad con esos establecimientos, al menos en la parte relativa a capital social y construcción de comunidad, máxime en sociedades con altos índices de desigualdad.

Las dos evaluaciones ya citadas sobre el desempeño de los CC, una a nivel nacional (Graizbord, 2008) y la otra referida al caso de Nuevo León (Ahumada, Bernal y Cárdenas, 2007), coinciden en señalar que, más allá de los beneficios individuales de tipo económico y en las relaciones familiares de los beneficiarios, es preciso fortalecer actividades que permitan la creación de capital social en las comunidades donde se localizan los centros. Porque el capital social no puede construirse sólo sobre la base de la interacción cotidiana en los CC, es decir, sobre los vínculos que se generan entre las personas que asisten habitualmente a los cursos y talleres, y menos aún si el vínculo se hace depender casi en exclusiva de intereses económicos. Del mismo modo, la mejora económica a nivel personal y familiar puede propiciar movilidad social, pero no necesariamente interacción y organización comunitaria. Para que ésta se dé se requiere también capacitación, como en la formación de capital humano, pero de otro tipo. Aquí se necesita sobre todo cultura (educación cultural) en sentido lato, que podrá luego presentarse de forma sectorializada: cultura político-democrática, cultura ético-cívica y de valores, cultura jurídico-legal, cultura urbana, cultura eco-ambiental, cultura social, cultura de la diversidad sexual y de género, multiculturalismo, etc. La cultura termina siendo un elemento transversal que contribuirá a satisfacer otros requerimientos, como capacidad organizativa, voluntad de coordinación y cooperación vecinal –será clave en este sentido impulsar el asociacionismo vecinal–, convivencia basada en el respeto a unas normas básicas, solidaridad y confianza mutua, sentido de justicia social, vocación de compromiso con los otros, conocimiento y ejercicio libre y responsable de los derechos ciudadanos (Borja, 2013), idea y sentido de beneficio colectivo, renuncia clara a cualquier tipo de corrupción¹⁴, etc., y todo ello sin que

¹⁴ De entre los talleres formativos que contribuyen a modificar conductas individuales, familiares y sociales, al menos de los que tenemos noticia, no nos consta ninguno destinado expresamente a combatir la corrupción y la tolerancia sociocultural a la misma, a pesar de tratarse de uno de los principales problemas del país y de una forma de violencia. La evaluación de CC de 2007 en Nuevo León confirma, asimismo, que sólo un



necesariamente existan estímulos económicos de por medio. Por eso será fundamental recurrir a estímulos lúdicos –caso de convivencias y propuestas artísticas– como pretexto para ampliar la gama de las relaciones sociales.

Una comunidad madura y preparada –o en vías de serlo– en términos de capital social será aquella, por ejemplo, que esté en condiciones de autogestionar su propio CC, y hasta de lograr incluso el autosostenimiento del mismo. Actualmente no existe en Nuevo León ningún CC autogestionado. Ahora bien, la verdadera capacidad autogestiva no puede basarse en cacicazgos, hiperliderazgos o compadrajés, sino que implica procesos más horizontales y democráticos en todo lo relacionado con la toma de decisiones, como manejo de recursos, generación de proyectos, definición de mecanismos de vinculación, etc. Lo importante es poder desprenderse del tutelaje permanente de la autoridad –y de lo que éste lleva consigo, incluido el “asistencialismo”–, no sólo por el reconocimiento que supondría en cuanto a superación de un estadio o fase de dependencia, inmadurez y cierta incapacidad, sino también por la libertad que aportaría esa autonomía, para que la política – como sugiere Agamben– se dé libremente.

Pero los gobiernos también tienen responsabilidad aquí. Se trataría fundamentalmente de predicar con el ejemplo. Empezando por algo tan básico como mostrar una mínima sensibilidad social a la hora de pronunciarse públicamente sobre cualquier tema relacionado con esta política pública. Es significativo a este respecto lo ocurrido en septiembre de 2012 con la propia titular de la Secretaría de Desarrollo Social estatal, Juana Aurora Cavazos, al ser preguntada por unas obras de reparación y mantenimiento del macrocentro de la Independencia (Imagen 9) que habían sido aprobadas unos meses antes y costaron 13 millones de pesos; la funcionaria llegó a responsabilizar de ellas a la “rudeza” de los jóvenes habitantes del sector: “En la Independencia acuérdate que los muchachos son rudos, se emocionan y pueden treparse de las bardas y demás” (Ramos, 2012d). La educación a través del ejemplo también podría darse a otros niveles, como el entendimiento y la coordinación de esfuerzos y estrategias que debería existir entre el gobierno estatal y los municipales para un uso más eficaz y eficiente de los CC que gestionan uno y otros, porque hoy por hoy cada quien va por libre.



IMAGEN 9. VISTA DEL
MACROCENTRO COMUNITARIO
DE LA COLONIA INDEPENDENCIA
(MONTERREY, 2011).

Fuente: Landa + Martínez Arquitectos.

número reducido de los 9,864 asistentes a talleres formativos participó en cursos de derechos humanos, autoestima y prevención de la violencia (Ahumada, Bernal y Cárdenas, 2007: 35).



La consecuencia de ello es, aparte de duplicar actividades entre centros muy próximos, la paradójica combinación de necesidades desatendidas, por un lado, e infraestructura y recursos infrautilizados, por otro. Es difícil pedirle a la gente que construya comunidad cuando entre los propios gobiernos son incapaces de dialogar y entenderse.

A veces, no obstante, ha habido aciertos en este terreno. Pensamos, por ejemplo, en la propuesta y desarrollo del “taller de masculinidades” que se ofreció en 2016 en los CC de Santa Fe (Apodaca) y Monte Kristal (Juárez). Impartido por el artista Mario Barragán, el propósito del taller no fue tanto modificar conductas sino más bien provocar reflexión sobre el tema de la masculinidad hegemónica, como paso previo a todo lo demás. La dinámica consistió en reunir a hombres y mujeres en torno a la práctica del bordado con el fin de compartir experiencias sobre lo que significa hoy en México ser hombre (Imagen 10). Mientras los participantes bordaban en un trozo de tela palabras o símbolos que representaran para ellos la masculinidad, se fue dando un diálogo sobre los roles de género. Además de quitarle al bordado la etiqueta de actividad sólo para ellas, la práctica condujo finalmente a coser todos los retazos en “la manta de la masculinidad”, reuniendo así las distintas visiones sobre el particular (Valdez, 2016). Iniciativas como esta, sin embargo, se convierten en noticia por su rareza o extravagancia, lo que revela que el problema es profundo. Pocos años antes, en 2013, el presidente de la asociación empresarial *Red SumaRSE Nuevo León*, Emanuel Garza Fishburn, aseguraba que el mayor reto de la organización era la generación de capacidad cívica, porque veía “fragilidad” en el tejido social de Monterrey: “Somos –decía– de los países más bajos en participación ciudadana, y Monterrey es la ciudad más baja en este rubro” (López, 2013). Es cierto, pero nos tememos que la filosofía empresarial que impregna desde hace mucho tiempo toda la cultura local tiene algo que ver en ello.

IMAGEN 10. UNO DE LOS JÓVENES QUE PARTICIPARON EN EL “TALLER DE MASCULINIDADES”, EN JUNIO DE 2016.



Fuente: *El Norte*.

CONCLUSIONES

En su relativamente corta historia de 15 años, los centros comunitarios de Nuevo León –como los de todo México– han aportado diversos beneficios, satisfacciones y en general cosas positivas a mucha gente, a miles de ciudadanos. De eso no cabe la menor duda. Sin embargo, no es menos cierto que nos han quedado a deber. Los altos índices de violencia que padecemos en la actualidad son indicativos de ello, sin que esto implique, lógicamente, responsabilizar de la violencia a los centros. Los beneficios se registran sobre todo a nivel individual y familiar, y de manera especial en el plano económico, como consecuencia en buena medida de los cursos y talleres de capacitación laboral impartidos a los asistentes. Pero, más allá de la convivencia y las relaciones interpersonales propiciadas en el seno de los propios



establecimientos, apenas se ha avanzado en el terreno de lo que significa realmente construir comunidad o fortalecer el tejido social. Para lograr eso se requiere en primer lugar voluntad política, y no contamos de momento con ella, entre otras cosas porque la cultura – que atraviesa todas las dimensiones del capital social de una sociedad– no interesa a los grupos dirigentes; Borja (2013: 190) se ha referido al “bajo nivel cultural” de las élites regiomontanas. Se necesita también enseñar a pensar a la gente –no sólo a producir–, capacitar a la ciudadanía en términos de pensamiento crítico, de ética y valores, de cultura política democrática, de derechos humanos, etc. Se requiere educar en la tolerancia, pero no con la corrupción ni con la paulatina degradación del medio ambiente, sino con quienes piensan, sienten y actúan diferente. Y se necesita enseñar a dialogar, de manera lógica, razonada y bien argumentada, para contrarrestar en la medida de lo posible los efectos de la polarización social. Ese debería ser el principal desafío para los centros comunitarios.

FUENTES Y REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agamben, Giorgio (1999). *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-Textos.
- Agamben, Giorgio (2014). *Altísima pobreza. Reglas monásticas y forma de vida* (Homo Sacer, IV, 1). Valencia: Pre-Textos.
- Agamben, Giorgio (2020). Contagio, en Amadeo, Pablo (ed.), *Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*. Buenos Aires: ASPO, pp. 31-33
- Ahumada, Ívico, Bernal, Pedro G., y Cárdenas, Nora E. (2007). *Evaluación de Impacto de los Centros Comunitarios de Desarrollo Social*. Monterrey: Consejo de Desarrollo Social-Gobierno de Nuevo León.
- Borja, Jordi (2013). *Revolución urbana y derechos ciudadanos*. Madrid: Alianza.
- Butler, Judith. (2006). *Deshacer el género*. Barcelona: Paidós.
- Calderón, Percy (2009). Teoría de conflictos de Johan Galtung, en *Revista de Paz y Conflictos*, N° 2, pp. 60–81.
- Charles, Angel (6-1-2012). Hallan irregularidades en cuenta (oculta) 2010, en *El Norte* [diario de Monterrey], p. 1 (portada).
- CNDH-IIS (Comisión Nacional de los Derechos Humanos e Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM) (22-5-2019). *Informe especial sobre los linchamientos en el territorio nacional*. Recuperado de <https://www.cndh.org.mx/sites/all/doc/Informes/Especiales/IE_2019-Linchamientos.pdf>.
- Cortina, Adela (2017). *Aporofobia, el rechazo al pobre. Un desafío para la democracia*. Barcelona: Espasa.
- Fromm, Erich (1991). *Del tener al ser: caminos y extravíos de la conciencia*. Barcelona: Paidós.
- Galtung, Johan (1998). *Tras la violencia, 3R: reconstrucción, reconciliación, resolución. Afrontando los efectos visibles e invisibles de la guerra y la violencia*. Bilbao: Bakeaz-Gernika Gogoratuz.



- Gobierno de Nuevo León (2013). *Nuevo León. Polígonos de pobreza urbanos. Indicadores Socioeconómicos, 2010*. Monterrey: Gobierno de Nuevo León.
- Gobierno de Nuevo León (2016). Comunicado. Inhabilitan a 4 ex funcionarios de primer nivel. Recuperado de <<https://www.nl.gob.mx/noticias/inhabilitan-4-ex-funcionarios-de-primer-nivel>>.
- Gobierno de Nuevo León (2017). *Plan Estatal de Desarrollo 2016-2021. Programa Sectorial de Desarrollo Social y Grupos Prioritarios*. Monterrey: Gobierno de Nuevo León.
- Graizbord, Boris (coord.) (2008). *Informe de resultados de la evaluación de los Centros de Desarrollo Comunitario apoyados por el Programa Hábitat*. Ciudad de México: El Colegio de México y SEDESOL.
- Graizbord, Boris y González-Alva, Rocío (2012). Centros de desarrollo comunitario apoyados por el Programa Hábitat: una aproximación cualitativa, en *Economía, Sociedad y Territorio*, Vol. XII, N° 39, pp. 299-332.
- Han, Byung-Chul (2013). *La sociedad de la transparencia*. Barcelona: Herder.
- Han, Byung-Chul (2015). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.
- Han, Byung-Chul (2016). *La topología de la violencia*. Barcelona: Herder.
- Han, Byung-Chul (2020). *La desaparición de los rituales. Una topología del presente*. Barcelona: Herder.
- Harvey, David (2020). Política anticapitalista en tiempos de COVID-19, en Amadeo, Pablo (ed.), *Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*. Buenos Aires: ASPO, pp. 79-96.
- INEGI (Instituto Nacional de Estadística y Geografía) (23-9-2020a). *Homicidios por entidad federativa según año de registro. Serie anual de 2009 a 2019* (Comunicado de prensa núm. 432/20). Recuperado de <<https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2020/EstSociodemo/Defuncioneshomicidio2019.pdf>>.
- INEGI (Instituto Nacional de Estadística y Geografía) (7-12-2020b). *Estadísticas a propósito del día internacional contra la corrupción (9 de diciembre)* (Comunicado de prensa núm. 626/20). Recuperado de <https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/aproposito/2020/corrupcion2020_Nal.pdf>.
- López, Karen (17-7-2013). Desean sanar el tejido social, en *El Norte* [diario de Monterrey], sección "Vida", p. 9.
- Mendoza, Luis y Guajardo, Javier (28-6-2020). Me quiere, no me quiere, en *Contextual*. Recuperado de <<https://contextual.mx/contenido/me-quiere-no-me-quiere->>>.
- Páramo, Andrés (2019). "El 'emprendedurismo' le da glamur a la precariedad": Boaventura de Sousa Santos, en *Arcadia* [revista colombiana], N° 168, pp. 22-23.
- Pipitone, Ugo (2017). *Un eterno comienzo. La trampa circular del desarrollo mexicano*. Ciudad de México: Taurus-CIDE.
- Pires do Rio, Teresa (2007). *Ciudad de muros*. Barcelona: Gedisa.
- Ramos, Mirna (10-9-2012a). Despilfarra Estado gasto comunitario, en *El Norte* [diario de Monterrey], p. 1 (portada).



- Ramos, Mirna (11-9-2012b). 'Truena' Ccinlac contra desorden en gasto social, en *El Norte* [diario de Monterrey], sección "Local", p. 6.
- Ramos, Mirna (11-9-2012c). Arreglan oficinas; sacrifican centros, en *El Norte* [diario de Monterrey], sección "Local", p. 1.
- Ramos, Mirna (12-9-2012d). 'Proveedor no es mi responsabilidad', en *El Norte* [diario de Monterrey], p. 1 (portada).
- Roa, Wendy (29-1-2020). Prevén 300 'Pilares' en la CDMX para finales del 2020, en *Excelsior* [diario de la Ciudad de México]. Recuperado de <<https://www.excelsior.com.mx/comunidad/preven-300-pilares-en-la-cdmx-para-finales-del-2020/1361095>>.
- SEDESOL (Secretaría de Desarrollo Social) (23-3-2004). Acuerdo por el que se modifican las Reglas de Operación del Programa Hábitat para el Ejercicio Fiscal 2004, publicadas el 25 de marzo de 2003. *Diario Oficial de la Federación*.
- SEDESOL (17-2-2006). Acuerdo por el que se modifican las Reglas de Operación del Programa Hábitat, a cargo de la Secretaría de Desarrollo Social, para el ejercicio fiscal 2006. *Diario Oficial de la Federación*.
- SEDESOL (28-2-2007). Acuerdo por el que se modifican las Reglas de Operación del Programa Hábitat, para el ejercicio fiscal 2007. *Diario Oficial de la Federación*.
- SESC (Serviço Social do Comércio) (2019). *Programa de Trabalho*. Río de Janeiro: SESC-Departamento Nacional.
- SESNSP (Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública) (2020). *Víctimas y unidades robadas, nueva metodología*. Recuperado de <<https://drive.google.com/file/d/15HDAIaI66-hndyy6u9yOukHj-Uykd-XC/view>>.
- Tiburi, Marcia (2018). *¿Cómo conversar con un fascista? Reflexiones sobre el autoritarismo de la vida cotidiana*. Ciudad de México: Akal.
- Tortosa, José María y La Parra-Casado, Daniel (2003). Violencia estructural: una ilustración del concepto, en *Documentación social*, N° 131, pp. 57-72.
- UNODC (United Nations Office on Drugs and Crime) (2019). *Global Study on Homicide. Homicide trends, patterns and criminal justice response*. Viena: UNODC.
- Valdez, Alan (23-6-2016). Así se borda la masculinidad, en *El Norte* [diario de Monterrey], sección "Vida", p. 9.
- Vázquez, Abraham (2-9-2012). Dejan centros comunitarios, en *El Norte* [diario de Monterrey], p. 1 (portada).
- Villasáez, José (25-9-2011). Inauguran macrocentro comunitario, en *El Norte* [diario de Monterrey], sección "Local".
- Zertuche, Juan (11-11-2017). El urbanismo del OXXO, en *Contextual*. Recuperado de <<https://contextual.mx/contenido/el-urbanismo-del-oxxo>>.